

LAS CUATRO DIMENSIONES DE LA RENTA BÁSICA UNIVERSAL (RBU): SOCIAL, ECONÓMICA, POLÍTICA Y ÉTICA

LA RBU A LA CARTA

José Ramón Pin Arboledas

LAS CUATRO DIMENSIONES DE LA RENTA BÁSICA UNIVERSAL (RBU): SOCIAL, ECONÓMICA, POLÍTICA Y ÉTICA

LA RBU A LA CARTA

José Ramón Pin Arboledas¹

Resumen

La renta básica universal (RBU) está en la mesa de las discusiones de políticos, sociólogos y economistas. La robotización del trabajo dejará fuera del mercado laboral a personas con las que hay que ser solidario. Cualquier otro sistema, como la renta mínima de inserción (RMI), prestación económica social, produce efectos perversos y disuade de la incorporación al trabajo.

Palabras clave: renta; renta básica universal; renta a la carta; renta progresiva; desigualdad; pobreza

¹ Profesor Dirección de Personas en las Organizaciones, cátedra José Felipe Bertrán de Gobierno y Liderazgo en la Administración Pública, IESE.

LAS CUATRO DIMENSIONES DE LA RENTA BÁSICA UNIVERSAL (RBU): SOCIAL, ECONÓMICA, POLÍTICA Y ÉTICA

LA RBU A LA CARTA

1. Definición de la RBU y razones para dedicarle una reflexión: ¿un próximo tsunami político?

La renta básica universal (RBU) consiste en que cada ciudadano recibe una cantidad mensual por el mero hecho de serlo, esté en la situación económica que esté, trabaje o no, tenga rentas o no.

Una modalidad de la misma, propuesta en los años sesenta del pasado siglo por los premios nobeles de Economía Milton Friedman y James Tobin, sería la del impuesto negativo sobre la renta (INR). En este caso, el Estado descontaría una cantidad fija anual a todo ciudadano de su impuesto sobre la renta de las personas físicas (IRPF), de manera que, si la cuota que debe pagar un individuo fuera inferior a esa cantidad, recibiría la diferencia; si la cuota fuera cero o negativa, recibiría el total; y si las cuotas fueran superiores, serían reducidas en esa cantidad.

Aunque las dos modalidades tienen como objetivo eliminar la pobreza (sobre todo, la extrema) su capacidad de «venta» es distinta. La RBU es fácilmente comprensible y no necesita explicación, mientras que el INR sí la requiere. Pero ambas son iguales: el ciudadano, por el mero hecho de serlo, percibiría unos ingresos del Estado. En términos de marketing, Rutger Bregman¹ lo define como «dinero gratis para todos».

Tal como se puede ver, es un concepto cuando menos arriesgado, que, por su sencillez, tiene muchos detractores y defensores. Cuando lo propusieron los premios nobeles antes citados, se consideró una utopía irrealizable y cayó en el olvido. Pero tras la crisis de 2008, con la aparición de los populismos políticos, se vuelve a hablar de él.

¹ Bregman, R. (2017), *Utopía para realistas. A favor de la renta básica universal, la semana laboral de 15 horas y un mundo sin fronteras*, Salamandra, Barcelona.

En mi libro *Tsunamis políticos*², analizo cómo, sucesivamente, las ideas políticas se van generando en epicentros de pensamiento, normalmente ocultos en las profundidades del debate intelectual. Estas ideas irrumpen, de golpe, en la superficie, se divulgan y se convierten en un tsunami que arrasa con todo. A partir de ese momento, economistas, políticos, intelectuales en general, divulgadores y creadores de opinión lo incorporan a su acervo y entra a formar parte de «lo políticamente correcto».

Los factores que favorecen que la RBU se convierta en un tsunami político son varios. Uno es que la pobreza es un fenómeno cada vez más visible en una sociedad que alguien llamó «opulenta»³ hace más de cincuenta años. Los medios de comunicación y, últimamente, las redes sociales, ponen más de manifiesto su existencia, que se hace más evidente cuantas más diferencias sociales haya en la sociedad, hecho que el economista francés Thomas Piketty se ha encargado de exponer en sus estudios sobre las desigualdades⁴. Otro factor es la desorientación de los partidos políticos, especialmente de la izquierda, que necesitan nuevas ofertas ante los problemas de las sociedades desarrolladas. En la búsqueda de esas nuevas ofertas pueden tropezar con la RBU y apropiársela aunque, tal como se ha visto, algunos de sus proponentes no son precisamente de su espectro ideológico.

Por tanto, ¿será esa la peripecia de la RBU? ¿Ha llegado el momento de que, cual tsunami político, inunde el debate ciudadano? No está claro. Pero, sea o no ese momento, conviene estudiarlo para estar preparados por si nos invade. Conocer y analizar el concepto es una responsabilidad de quienes tienen algo que decir en las decisiones políticas, económicas y sociales. Ésta es la razón para realizar este escrito.

2. Dimensiones de la RBU

La RBU tiene cuatro dimensiones que se deben analizar: la social, la económica, la política y la ética. Cada una de ellas muestra una cara del concepto con los argumentos para ponerlo en marcha y los argumentos para frenarlo.

2.1. La dimensión social

2.1.1. Magnitud y frecuencia de la pobreza

El Banco Mundial, en 2015, definió como la pobreza como una renta disponible (o poder adquisitivo) inferior a 3,10 dólares diarios (y pobreza extrema cuando es inferior a 1,90). Siempre ha habido pobres en la historia de la humanidad. Quizá ahora más que nunca en número y menos que nunca en porcentaje.

Más que nunca en número porque la población ha crecido espectacularmente: de los 1.000 millones de principios del siglo XIX a los 7.500 millones de 2017. Si en 1800 el porcentaje de pobres era muy alto, no podría superar los 800 millones de personas. Ahora se calcula que son 1.500 millones. Casi el doble. Hay más pobres que nunca.

² Pin Arboledas, J. R. (2010), *Tsunamis políticos. Consejos y reflexiones para empresarios y directivos en su relación con la política*, EUNSA, Pamplona.

³ Galbraith, J. K. (2004), *La sociedad opulenta* (ed. 40 aniversario), Planeta, Barcelona.

⁴ Piketty, T. (2015), *La economía de las desigualdades. Cómo implementar una redistribución justa y eficaz de la riqueza*, Anagrama, Barcelona.

Pero en porcentaje sucede lo contrario. La pobreza habría pasado del ser la situación del 80% de la población en el siglo XIX a ser el 20% en el XXI, ¡en tan sólo 200 años! Lo contrario que en épocas anteriores de la humanidad, en las que ese porcentaje permaneció estable e, incluso, creció al principio de la Revolución Industrial.

Así que se da la paradoja de que cada vez ha sido menos frecuente ser pobre en la humanidad, pero cada vez ha habido más pobres. Y, sobre todo, al ser cada vez menos frecuente, es cada vez más evidente.

La situación podría seguir así. En un mundo en el que la democracia se extiende, lo importante no es el número, sino el porcentaje. Los políticos buscan las mayorías, las minorías no los eligen. Entonces —preguntaría un político—, ¿por qué preocuparse? La RBU no saldrá nunca adelante porque los «no pobres» son muchos más que los pobres en el mundo desarrollado, y ése es el que nos interesa. Sin embargo, el asunto está cambiando. Y eso hará que socialmente la RBU se ponga de moda. Uno de los retos de los sociólogos es dibujar el mapa de la pobreza del siglo XXI; y el «nuevo mapa de la pobreza»⁵ no se localiza sólo en el tercer mundo, pues determinadas zonas de los países desarrollados corren el riesgo de convertirse en focos de la misma, con los problemas de desestabilización social que conllevan esos fenómenos.

Debemos considerar que la tendencia a que disminuya el porcentaje de pobres está cambiando. Las generaciones mayores piensan que sus hijos, en términos generales, vivirán peor que ellos y, en algunos casos, caerán en la pobreza, a menos que se haga algo. Y aunque objetivamente no fuera así, esto es lo que piensan. Por tanto, las expectativas son que la pobreza, en las generaciones futuras, en lugar de reducirse, crecerá. Y son tales expectativas las que cuentan en los movimientos sociales. Ese cambio del optimismo al pesimismo sobre el futuro de las próximas generaciones es algo reciente, aunque se lleve anunciando desde hace tiempo. Jeremy Rifkin lo pronostica en *El fin del trabajo*⁶ (1995), tal como veremos más adelante.

Hay varias razones para que exista esa sensación en los países desarrollados. La primera es la amenaza de la robotización del trabajo a través de las nuevas tecnologías. Se calcula que, en Europa, desaparecerán miles de trabajos industriales y de servicios con la cuarta revolución industrial⁷.

La segunda razón es la convicción de que la globalización de la economía desplazará el trabajo de los países desarrollados a los países con salarios más bajos y que, si no es así, los inmigrantes reemplazarán a los nacionales aceptando peores condiciones laborales. El *brexit* ha sido una reacción a esa convicción por parte de los obreros y clase media-baja inglesa. Esta amenaza de la deslocalización industrial y la inmigración sobre el trabajo poco cualificado de los países desarrollados ya la anunció Robert Reich, secretario de Trabajo con Clinton, en su libro *El trabajo*

⁵ En este sentido, se pueden investigar las monografías sobre la pobreza de Cáritas y su campaña bajo el título «Éste es el nuevo mapa de la pobreza», con un subtítulo significativo: «La crisis está afectando a personas cerca de ti» (2009).

⁶ Rifkin, J. (1995) *El fin del trabajo. El declive de la fuerza del trabajo global y el nacimiento de la era posmercado*, Paidós Ibérica S. A., Barcelona.

⁷ La Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos (OCDE) apunta que el 12% de los trabajadores españoles podría ser sustituido a corto plazo y, según Comisiones Obreras (CC. OO.), los robots pasarán de ocupar un 8% de los puestos de trabajo mundiales a un 26% en 2020. Uno de cada cuatro empleos será para una máquina.

Por otro lado, Randstad, la ETT multinacional, afirma que la robotización creará empleos y destruirá otros, pero habrá 100.000 empleos en España tan especializados que será difícil que se cubran. (*El País*, 30 de noviembre de 2016).

Según el servicio de estudios de CaixaBank, el 43% de los trabajos de España tiene un riesgo elevado de poder ser automatizado a medio plazo (*El Confidencial*, 15 de agosto de 2016).

de las naciones⁸. Reich anunciaba la deslocalización de los trabajos industriales a países con salarios más bajos, así como que los de «servicio en persona» serían realizados por inmigrantes desplazando a los trabajadores locales. La elección de Trump como presidente de Estados Unidos es la constatación de esas teorías.

Pero, últimamente, los países en desarrollo, y también los subdesarrollados, se pueden encontrar con que la robotización ataque su capacidad de generación de trabajo, eliminando su posibilidad de sacar de la pobreza a sus ciudadanos e, incluso, devolviendo a algunos de ellos a esa situación.

¿Es verdad? No se sabe con certeza. Muchos indican que desaparecerá una gran cantidad de trabajos para los humanos, que serán asumidos por los robots, pero también que se crearán otros nuevos. El problema es que, mientras tanto, muchas personas quedarán prisioneras del proceso de cambio sin capacidad de adaptarse a él. Muchos no se podrán reciclar.

La culpa no habrá sido suya (¿o sí?), pero, en todo caso, estarán condenados a la pobreza, no sólo económica, sino también social. En una sociedad en la que el trabajo se considera un bien, el mayor bien, dejarlos sin esperanza laboral, pendientes de las ayudas burocráticas de los funcionarios de turno, es condenarlos a la exclusión social, a la pérdida de autoestima, a la pobreza psicológica.

El argumento de los partidarios de la RBU es el siguiente: la RBU coloca en situación de igualdad con sus congéneres a estos ciudadanos excluidos por el desarrollo tecnológico o por la competencia inmigrante. Al recibirla todos, adquieren la libertad de ocupar su vida en lo que quieran: reciclarse o no, dedicarse a la vida contemplativa o no... Y eso, en función de su propia voluntad, en el ejercicio de su libertad, y no estando sujetos a la burocracia que les dice lo que tienen, o no, que hacer por carecer de un trabajo. No deben ir cada cierto tiempo a visitar al burócrata y convencerle de que siguen necesitando la ayuda social. Son tan ciudadanos como los ricos, que, por cierto, también perciben su RBU.

Además se simplifica la burocracia de los llamados «servicios sociales». En muchos casos, se reducirán a un funcionario que, mediante una orden mensual, enviará la RBU a cada receptor. La búsqueda de trabajo o el reciclaje profesional quedarán bajo la responsabilidad de cada uno, y la burocracia se eliminará de las oficinas estatales de empleo.

Los contrarios a la RBU aseguran que esta percepción los atará a una vida subvencionada. A ello contestan sus partidarios que, como esa cantidad no se pierde si se trabaja, no hay incentivo negativo al trabajo, es más, probablemente sea al contrario. Además, indican que, al percibir la RBU, no aceptarán trabajos que vayan en contra de la dignidad de la persona.

2.1.2. De la teoría a la práctica

¿Cómo saber quién tiene razón? Difícil, porque las teorías de ciencias sociales señalan «regularidades», no leyes. Por eso, para dilucidar quién está en lo cierto, Gobiernos, psicólogos, sociólogos y antropólogos han realizado una serie de experimentos. El más reciente tuvo lugar en Finlandia, donde se llevó a cabo la selección de 2.000 desempleados para darles una renta de 560 euros al mes. Dentro de unos años, se estudiará qué ha ocurrido con ellos. Otros experimentos con *homeless*, descritos por Bregman⁹, han sido esperanzadores. Así, por ejemplo, de trece

⁸ Reich, R. B. (1993), *El trabajo de las naciones*, Javier Vergara, Madrid.

⁹ Bregman, R. (2017), *Utopía para realistas. A favor de la renta básica universal, la semana laboral de 15 horas y un mundo sin fronteras*, Salamandra, Barcelona, pp. 33-34.

homeless a los que se les adjudicó una RBU en Londres, nueve salieron de la pobreza por decisión propia. Pero no hay que olvidar que son experimentos, y extraer conclusiones de ellos puede ser arriesgado a la hora de implantar la RBU en una sociedad en general.

La dimensión social de la RBU es una realidad, pero no hay que dejarse llevar sólo por la teoría; como tampoco hay que pensar como el «positivismo racionalista», que sólo se fía de la evidencia empírica. Lo que dicen las encuestas y las estadísticas es sólo eso: números, que, además de ser interpretables, pueden ser verdaderos en unas circunstancias y en unos colectivos o personas, y falsos en otros.

Nadie puede afirmar que la RBU tiene efectos buenos o perversos, como que saca de la indigencia a muchos o que los disuade de buscar trabajo encadenándolos. No hay evidencias empíricas sólidas y las teorías están demasiado influidas por la ideología o el sentimentalismo.

Lo que es indudable es que el futuro del trabajo no está claro. Tal como se ha dicho antes, lo anunció Jeremy Rifkin¹⁰ en *El fin del trabajo*, y de eso hace varias décadas. Esa incertidumbre crea una situación social a la que hay que dar soluciones. Según algunos, una de ellas es la RBU, sin descartar los esfuerzos en los reciclajes profesionales, que, tal como cree la mayoría, llegarán tarde a muchos.

2.2. La dimensión económica

El argumento en contra de la RBU es: ¿pero cómo lo vamos a pagar? La respuesta es: con impuestos. La contrapropuesta, por su parte, es: eso generará reducción del consumo y menos puestos de trabajo. Pero el consumo de los perceptores de la RBU los creará, reiteran los partidarios de la RBU. Y así, sucesivamente... dejarlo en ese nivel de discusión es estéril. Lo lógico es «hacer números» por una parte y, por otra, olvidarse de ellos. Trataré de explicarlo: dicen los expertos que no se puede decidir sin los números; sería una imprudencia. Pero también afirman que no se puede decidir sólo con ellos; sería una simpleza. Pues bien, analicemos los números y hagámoslo en España.

En España (2017) hay 46,5 millones de personas, de las cuales tienen ciudadanía 46 millones; el resto son inmigrantes. De esos 46, los jubilados son 8,6 millones, que ya tienen una renta básica a través del sistema de pensiones. Quedan unos 37 millones, a los que hay que restar los menores de 18 años, que son alrededor de 1 millón. En total, serían unos 36 millones las personas que recibirían la RBU.

Si la RBU fuera de 500 euros al mes, es decir, 6.000 euros anuales, las percepciones por este concepto serían de 216.000 millones de euros añadidos de gasto, a los que habría que reducir los gastos en subvenciones sociales de todo tipo, donde se incluiría el seguro de desempleo, pero no los costes de sanidad y educación; también habría que deducir los costes de administración de dichas subvenciones, que serían sustituidos por la RBU, lo mismo que el desempleo: en total, 30.000 millones menos.

En consecuencia, una RBU de 500 euros al mes durante doce meses costaría aproximadamente 180.000 millones de euros adicionales. ¿De dónde se sacaría el dinero? Tendría que ser vía impuestos. Como éstos son, aproximadamente, 111.000 millones de euros actualmente (45.000 indirectos y 66.000 directos), habría que multiplicarlos por, aproximadamente, 3, para recaudar

¹⁰ Rifkin, J. (1995), *El fin del trabajo. El declive de la fuerza del trabajo global y el nacimiento de la era posmercado*, Paidós Ibérica, Barcelona.

300.000 millones de euros. ¿Es posible? El contribuyente difícilmente lo aceptaría. Un esfuerzo fiscal de esa naturaleza es casi inviable, por lo que la RBU razonable (menos de 500 euros al mes no es suficiente) suena a utopía. Pero el argumento para intentarlo es de naturaleza política.

2.3. La dimensión política

La falta de una RBU razonable, dada la escasez de trabajo para el futuro, producirá la marginación de una parte de la sociedad, que es pasto fácil para el populismo¹¹. Los partidos de esa naturaleza florecerán hasta que se pudiera reciclar a este segmento de la población desencajado por el proceso de la globalización y las nuevas tecnologías. Los desubicados votarán a quienes les ofrezcan la RBU. En última instancia, si no hay una política de integración e inclusión de la sociedad, esa parte de la población se encontrará fuera del espectro político y podría producir una explosión social, además de ser una falta de solidaridad mantenerlos excluidos del sistema. ¿Qué es más caro? ¿Aumentar casi al doble los impuestos o dejarse arrastrar por la revolución?

Es el mismo argumento que el que se puede dar sobre la Unión Europea (UE): es costosa su estructura, pero más barata que tener una guerra civil europea cada treinta años.

Otro contraargumento es que la RBU, una vez implantada, tendría presiones para que fuera aumentada constantemente, y con ello no se acabaría la escalada de costes. Pero lo que ocurre con las pensiones indica lo contrario: la población suele ser moderada en sus peticiones. Por supuesto que se quejan de la escasez de las jubilaciones, pero buscan más la solidez y seguridad del sistema. No todos los pensionistas con jubilaciones reducidas votan populismo, más bien al contrario.

En consecuencia, como solución intermedia, muchos proponen una renta mínima garantizada (RMG), que sólo se daría a los que no tienen ninguna otra y perderían si encuentran trabajo. Sin embargo, la RMG sí desincentiva la búsqueda de trabajo y es mala para la dignidad de la persona. ¿Entonces?

2.4. La dimensión ética

Si las dimensiones social, económica y política nos dejan ante una incógnita, la ética nos acerca a un dilema de difícil solución. Dar una subvención no es ni bueno ni malo: depende de la intención con que se dé y de las circunstancias que la rodean.

Si la intención es ayudar a que las personas ganen grados de libertad, resolviendo en parte su dependencia económica, es una buena idea; si la intención es una propuesta de carácter electoral para asegurarse votos «cautivos», es moralmente rechazable.

Pero, como es difícil descifrar las intenciones de quienes proponen la RBU (o de quienes la rechazan), y eso entra dentro de la conciencia de cada uno, hay que ahondar en las circunstancias.

Si no hay posibilidad de financiarla, la propuesta sería una imprudencia; si acabase reduciendo la libertad de los perceptores (hecho que hay que estudiar), sería reprobable; si acabase ayudando

¹¹ Los políticos, a la hora de elegir su estrategia en el Gobierno, tienen en cuenta los apoyos con los que cuentan. Los votantes marginados del mercado de trabajo son un buen caldo de cultivo para los partidos populistas, tal como se ha visto recientemente. Pin Arboledas, J. R. (2017), *El trébol de cuatro hojas. Manual para la buena Gobernanza Pública*, EIUNSA, Madrid.

a las personas a salir libremente de la pobreza, como afirma Bregman, sería aceptable y, más aún, recomendable.

Tampoco el debate ético aclara la bondad o maldad de la RBU, dado que no hay experiencia empírica fiable en una u otra dirección. Por tanto, hay que volver a realizar la pregunta anterior: ¿entonces?

3. La solución progresiva: la RBU a la carta

Así las cosas, por la vía de la prudencia, la solución podría venir por la implantación progresiva de la RBU. Se aplicaría voluntariamente a aquellos que se incorporan a los 20 o 25 años a la población activa. Cuando estas personas perdieran el trabajo, podrían optar, voluntariamente, por la RBU el resto de su vida, pero ya no recibirían prestación ni subsidio de desempleo y su pensión se convertiría en la RBU más los fondos de pensiones privados que habrían podido dotar mientras trabajaban, pero no perderían la RBU si vuelven a trabajar. También recibirían voluntariamente la RBU aquellos que, a los 25 años, no hubieran accedido al mundo laboral con las mismas condiciones que los que van perdiendo el trabajo.

La revalorización de la RBU se realizaría según el indicador público de renta de efectos múltiples (IPREM) en épocas de crecimiento y con restricciones o congelación en las de crisis. Con esta entrada paulatina que sustituye al desempleo y la jubilación, se irían incorporando al sistema, a su voluntad, las nuevas generaciones y las anteriores si se quedan en situación de desempleo.

De este modo, este modelo configuraría dos tipos de ciudadanos: los acogidos a la RBU de por vida, que dejarían de cobrar subsidios de desempleo o pensiones, y los que optasen por el sistema actual. Un sistema progresivo que respeta la libertad de las personas en la elección del riesgo.

Una implantación progresiva que haría digerible económicamente la RBU y respetaría la libertad de los ciudadanos dejándoles elegir su estatus. Una implantación progresiva que permitirá ir digiriendo la amenaza de la automatización y la desaparición de puestos de trabajo consiguiente al ritmo en que ésta se presente. Una implantación progresiva que dará a las nuevas generaciones la posibilidad de elegir su futuro y reciclarse según sus intereses. Por eso he dado en llamarla «RBU a la carta».

Queda un tema por dilucidar, y es si la elección individual de percibir la RBU es reversible. Podría serlo, pero siempre que se tuvieran en cuenta los efectos en las cotizaciones en las pensiones, de manera que los años de RBU disminuyeran las cantidades a percibir en las pensiones.

Bibliografía

Bregman, R. (2017), *Utopía para realistas. A favor de la renta básica universal, la semana laboral de 15 horas y un mundo sin fronteras*, Salamandra, Barcelona.

Fundación FOESSA (2014), *VII Informe sobre exclusión y desarrollo social en España*, Cáritas Española Editores, Madrid.

Galbraith, J. K. (2004), *La sociedad opulenta* (ed. 40 aniversario), Planeta, Barcelona.

Piketty, T. (2015), *La economía de las desigualdades. Cómo implementar una redistribución justa y eficaz de la riqueza*, Anagrama, Barcelona.

Pin Arboledas, J. R. (2010), *Tsunamis políticos. Consejos y reflexiones para empresarios y directivos en su relación con la política*, EUNSA, Pamplona.

Pin Arboledas, J. R. (2017), *El trébol de cuatro hojas. Manual para la buena Gobernanza Pública*, EIUNSA, Madrid.

Reich, R. B. (1993), *El trabajo de las naciones*, Javier Vergara, Madrid.

Rifkin, J. (1995), *El fin del trabajo. El declive de la fuerza del trabajo global y el nacimiento de la era posmercado*, Paidós Ibérica, Barcelona.